

A detailed black and white engraving of Hernán Cortés, showing him from the chest up. He has a full, dark beard and mustache, and is wearing a dark, textured cap and a dark, high-collared tunic. The background is a simple, light-colored sky.

Una
biografía
para
el siglo XXI

HERNÁN CORTÉS

ESTEBAN MIRA CABALLOS

La biografía definitiva de Hernán Cortés: uno de los personajes más alabados y a la vez más odiados que ha sobrevivido a cinco siglos de Historia.

Hernán Cortés ha sido uno de los personajes más controvertidos de la Historia, alabado y odiado a partes iguales. Lideró la expedición que supuso el final del estado mexica e inició la conquista de México. Su siguiente prioridad fue la exploración del océano Pacífico y buscó un estrecho que facilitase el comercio entre Europa y Asia. Cortés fue un triunfador en su época ya que logró lo que infructuosamente anhelaron todos los conquistadores: honra y fortuna para su linaje.

Esteban Mira Caballos, historiador especializado en las relaciones entre España y América en el siglo XVI, con esta biografía necesaria arroja nueva luz al personaje valiéndose de una moderna metodología e incorporando los aportes de las investigaciones de los últimos años, al tiempo que responde a las preguntas de un lector de nuestro tiempo acerca de un personaje que no ha dejado de interesar a lo largo de cinco siglos.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Hernán Cortés](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. Ni héroe ni villano](#)

[El prohombre](#)

[El villano](#)

[La construcción del mito](#)

[Capítulo 2. La persona y el hombre](#)

[El diplomático](#)

[Su espíritu inquieto](#)

[Una religiosidad pragmática](#)

[El mujeriego](#)

[El colonizador](#)

[El humanista](#)

[Capítulo 3. Su familia en la Extremadura bajomedieval](#)

[El señorío de Medellín](#)

[Los orígenes familiares](#)

[Martín Cortés el viejo](#)

[Martín Cortés de Monroy](#)

[La economía familiar](#)

[Capítulo 4. Nacimiento, infancia y juventud \(1484-1504\)](#)

[¿Cuándo y dónde nació?](#)

[Su infancia y juventud en Medellín](#)

[Su parentela](#)

[Su paso por la ciudad universitaria](#)

[Su vinculación a Valladolid \(1501-1504\)](#)

[Capítulo 5. Su periplo antillano](#)

[Su estancia en La Española](#)

[El hacendado cubano](#)

[Su matrimonio con Catalina Suárez](#)

[Expediciones por el golfo de México](#)

[Su gran oportunidad](#)

[Apresto, alzamiento y partida](#)

[Capítulo 6. Un abismo entre dos mundos](#)

[La civilización mexicana](#)

[El choque de civilizaciones](#)

[Una rígida estructura teocrática](#)

[La soledad del tlatoani](#)

[Capítulo 7. La conquista de México](#)

[De Cozumel a Tabasco](#)

[La fundación de Veracruz](#)

[El envío de emisarios](#)

[En busca de la gran ciudad lacustre](#)

[Guerra y alianza con los tlaxcaltecas](#)

[La matanza cholulteca](#)

[La primera entrada en Tenochtitlan](#)

[El regalo de Diego Velázquez](#)

[La rebelión](#)

[La victoria mexicana](#)

[Otumba: la batalla decisiva](#)

[El asedio de Tenochtitlan](#)

[Capítulo 8. La desigual fortuna de su hueste](#)

[La importancia del grupo](#)

[El tesoro real](#)

[Capítulo 9. Cortés tras la conquista de México](#)

[La rivalidad con Francisco de Garay.](#)

[La sedición de Cristóbal de Olid](#)

[La revocación de sus poderes](#)

[Su retorno a España \(1528-1530\)](#)

[Capítulo 10. El empresario novohispano \(1530-1540\)](#)

[De vuelta en Nueva España](#)

[La empresa del mar del sur](#)

[La expedición de Hurtado de Mendoza](#)

[La desafortunada empresa de Diego Becerra](#)

[De nuevo al frente de una armada](#)

[La enigmática travesía de Grijalva](#)

[El último cartucho: la jornada de Francisco de Ulloa](#)

[Capítulo 11. Los últimos años de su vida \(1540-1547\)](#)

[Su exilio definitivo](#)

[Su estancia en la corte \(1540-1545\)](#)

[Sus últimos meses de vida](#)

[Sus muerte](#)

[Ni sus huesos reposaron](#)

[Conclusión](#)

[Historiografía y bibliografía](#)

[Principales siglas usadas](#)

[Bibliografía citada](#)

[Apéndices](#)

[Apéndice I](#)

[Apéndice II](#)

[Apéndice III](#)

[Apéndice IV](#)

[Apéndice V](#)

[Apéndice VI](#)

[Apéndice VII](#)

[Apéndice VIII](#)

[Apéndice IX](#)

[Apéndice X](#)

[Apéndice XI](#)

[Apéndice XII](#)

[Apéndice XIII](#)

[Apéndice XIV](#)

[Apéndice XV](#)

[Apéndice XVI](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

INTRODUCCIÓN

Tras el descubrimiento de América se ampliaron hasta límites insospechados los horizontes mentales, algo de lo que fueron conscientes sus propios protagonistas. La misma denominación de Nuevo Mundo incitaba a la admiración y al gozo de lo desconocido porque desde ese instante, decía Pedro Mártir de Anglería, se estaban viendo «acontecimientos maravillosos nunca vistos».^[1] La transculturación aceleró el ritmo vital de los hechos y terminó por cambiar el mundo en tan solo varias décadas. El trasiego de personas, ideas y mercancías sentaron las bases de un mundo global.^[2] Por ello, el padre Bernabé Cobo, a principios del siglo XVII, admirando la prosperidad de los nuevos territorios ultramarinos, pudo decir que América había recibido mucho más de lo que había dado.^[3] Riquezas mineras a cambio de plantas y animales de todo tipo que no existían, por lo que, concluía, América había resultado «notoriamente mejorada».^[4]

Pero este progreso, con ser cierto, en ningún caso puede justificar ni ocultar la barbarie originaria.^[5] Hay que empezar reconociendo que la conquista –como toda guerra expansiva– fue un acto bélico en el que unilateralmente un puñado de aventureros, en nombre de la Corona de Castilla, ocuparon extensos territorios, lo mismo Estados –como el mexica o el inca– que jefaturas o tribus. Asimismo, debemos aludir a lo que Walter Mignolo ha llamado el perenne encanto de la modernidad que hace que se celebren la forja de los grandes imperios, sin reparar en el enorme coste humano que estos han provocado a lo largo

de los tiempos.^[6] Una supremacía que no solo ha generado grandes desigualdades económicas entre el colonizador y el colonizado, sino que extendió plagas epidémicas que diezmaron poblaciones que en muchos casos no habían tenido contacto previo con esos gérmenes. Por tanto, quede claro que la expansión imperial y, posteriormente, los nacionalismos están en el origen de una buena parte de los males de la humanidad.

La mera idea de que Castilla ocupó aquellos territorios para civilizarlos y cristianizarlos permitía enmascarar y justificar todo tipo de violencia, tanto física como psicológica. Nadie puede negar que la gran América mestiza que hoy conocemos fue fruto de un dolorosísimo alumbramiento tras el derrumbe del variado y diverso mundo prehispánico. Todas las invasiones expansivas a lo largo de la historia han sido al mismo tiempo aterradoras, explotadoras y creadoras. Es importante no olvidar ni dejar de cuantificar la magnitud de esta barbarie, pero también es preciso señalar que tras la hecatombe surgió una nueva realidad, la de la América mestiza que hoy conocemos.

El caso de Hernán Cortés (Medellín, Badajoz, 1484-Castilleja de la Cuesta, Sevilla, 1547) es muy particular porque se ha escrito tanto y en un período tan largo de tiempo que no resulta fácil separar la historia de la leyenda, es decir, la realidad de la ficción.^[7] Además ocurre una curiosa paradoja; pese a la extensísima historiografía, siguen existiendo muchísimas sombras, infinidad de aspectos que nos son total o parcialmente desconocidos. Y ello debido a dos causas fundamentalmente.

Primera, a los silencios del propio interesado que, aunque escribió muchísimo, apenas se refirió a los aspectos más íntimos de su biografía y, menos aún, a sus orígenes en su Extremadura natal. De hecho, abundan los documentos oficiales o judiciales, pero no tanto los escritos personales, tales como cartas privadas, diarios o anotaciones. En los últimos años han aparecido un buen número

de misivas de carácter personal, pero la mayoría están relacionadas con la gestión de sus intereses y siguen siendo escasas sus confesiones más afectivas e íntimas, aunque sabemos que las hubo.^[8] Llama la atención, por ejemplo, que jamás se refiera a su abuelo Martín Cortés el Viejo, natural de Salamanca, que, como veremos, alcanzó el grado de caballero de espuela dorada, salvo que quisiese ocultar alguna vinculación con el mundo judeoconverso.^[9] Por todo ello han quedado muchas incógnitas que la historiografía se ha encargado de completar, con más o menos coherencia. Y es que el género biográfico siempre se ha caracterizado por una intolerancia a los vacíos, que suelen cubrirse con imaginación o con altas dosis de invención.

Y segunda, a las argucias de unos y de otros que han tendido más a interpretar su figura que a investigarla. No en vano, abunda más la novela histórica que el trabajo científico. También están las versiones interesadas de muchos autores, de ambos lados del charco, ajenos a la ciencia histórica, que escriben según intereses personales, ideologías políticas o sentimientos patrios.

La historiografía cortesiana ha estado polarizada en dos extremos opuestos, los defensores y los detractores. Los primeros lo presentan como un héroe civilizador, un Moisés moderno, mientras que los segundos lo acusan de ser un precoz genocida del quinientos. Todavía en pleno siglo XXI hay autores muy influyentes de ambas tendencias, pues mientras el profesor Ramón Tamames alude a él como un gigante de la historia, Yuval N. Harari da por sentado el genocidio.^[10] Incluso, autores recientes, como Carlos Elías Butrón, van más allá, atribuyéndole una psicopatía clínica, desencadenada por la «egolatría propia de un hijo único».^[11] Sin embargo, creo que es ocioso refutar ambos extremos, que se sitúan al margen de cualquier análisis histórico. No fue un santo providencialista, por mucho que él mismo lo dijera una y otra vez, pero tampoco un genocida, lo que no significa que no perpetrase ma-

tanzas, generando mucho sufrimiento directa e indirectamente. Y en este sentido, ya en el siglo XVI, Bernardo Vargas Machuca reconoció excesos, pero negó la intencionalidad del exterminio porque sin los naturales la tierra «no es de fruto al español».^[12]

Los criollos novohispanos lo mostraron como un héroe mientras reforzó sus intereses clasistas, pero a raíz de la independencia pasó a convertirse en la diana de todas sus iras, reforzando así sus convicciones de romper los lazos con la metrópolis.^[13] Desde el siglo XIX ha habido en México dos corrientes historiográficas: la conservadora, muy minoritaria, que veía en el metelinense al fundador del país mestizo, destacando los logros de la época virreinal. Y la liberal, hegemónica, que defendía los orígenes prehispánicos de la nación mexicana y señalaba al extremeño como un vulgar asesino que destruyó el apacible e idílico reino de Moctezuma.^[14] En esta visión sesgada, se afirma que los naturales de México fueron derrotados por los hispanos, emparejando a estos con el mal y a los primeros con el bien.^[15] Y conviene recordar en este sentido que los mexicas apenas ocupaban la cuarta parte del actual Estado de México. La plasmación plástica más clara de ese sentimiento anticortesiano son los murales que el pintor mexicano Diego Rivera realizó para el Palacio Nacional de México, en los que el conquistador se muestra como un ser deforme y sanguinario, movido exclusivamente por la codicia.^[16] Bien es cierto que a lo largo de toda la Edad Contemporánea una parte de la intelectualidad mexicana se ha mantenido fiel al caudillo extremeño y a su gesta, como Lucas Alamán, José María Luis Mora, Carlos María de Bustamante, José Vasconcelos, Joaquín García Icazbalceta, Carlos Pereyra y, más recientemente, José Luis Martínez y Juan Miralles, entre otros muchos. En cualquier caso, el hecho de que una parte de la historiografía haya respondido basándose en cuestiones partidistas ha provocado que la valoración del personaje fluctúe

de un extremo a otro, en función de los intereses de la clase dominante.

Las biografías hagiográficas son mucho más numerosas, entre otras cosas porque nadie dedica varios años de su vida a investigar a un personaje al que no admira. Reiteradamente se han mostrado actuaciones comunes como hechos excepcionales y hasta sobrenaturales. Su figura ha sido fuente de inspiración de poetas, dramaturgos, novelistas, historiadores, teólogos, visionarios y patriotas. Y la verdad es que la conquista de la confederación mexicana^[17] fue excepcional en el sentido de que un puñado de hombres en muy corto espacio de tiempo ocupó un amplio territorio pero, en todo lo demás, fue un capítulo más en la imposición del más fuerte sobre el más débil. Había un sinnúmero de precedentes de imperios similares al mexicana, y aún mayores, que habían caído en manos de un puñado de invasores. Baste con citar el caso del Imperio romano de Occidente, aniquilado por un grupo de desorganizadas hordas germánicas. Y dentro del contexto del siglo XVI, la actuación del metelinense no fue muy diferente a la de otros conquistadores de su tiempo. Se comportó como todos esperaban que se comportase y en el margen de libertad que tuvo, acertó y se equivocó como cualquier ser humano.^[18] Resulta obvio que es necesario investigar su figura a partir de fuentes primarias y anteponiendo la razón a la pasión. A mediados del siglo pasado, Guillermo Feliú Cruz advertía de la existencia de numerosos filones documentales inexplorados sobre el conquistador.^[19] Y aunque desde entonces se ha paliado en buena medida esa carencia con la publicación de varios registros documentales, aún siguen apareciendo en pleno siglo XXI documentos inéditos sobre el personaje.

Concretamente, de sus primeros treinta y cinco años de vida, los comprendidos entre 1484 y 1519, apenas disponemos de dos o tres referencias documentadas. Hacia 1940, escribió F. A. Kirkpatrick que de la conquista de Mé-

xico sabíamos mucho porque contábamos con centenares de testimonios de primera mano pero, en cambio, de su infancia y juventud apenas disponíamos de unos pocos datos.^[20] Unas palabras que ochenta años después no han perdido vigencia, pues dos de los máximos estudiosos, los mexicanos José Luis Martínez y Juan Miralles, se han manifestado en este mismo sentido.^[21] Es obvio, pues, que de su infancia y juventud en tierras hispanas, entre 1484 y 1504, median dos décadas de las que apenas disponemos de fuentes fiables. Asimismo, desde su primera llegada a La Española en 1504 hasta 1519 discurren otros tres lustros en los que tampoco hay datos ciertos. Ante este vacío, los cronistas recurrieron a la erudición, perpetuando en el tiempo meras conjeturas que a base de repetirlas han llegado a nuestros días como verdades absolutas. En cambio, la conquista de México se conoce tan bien que casi se podrían secuenciar sus actuaciones día a día.

Llegados a este punto cabría preguntarse por qué sabemos tan poco sobre sus orígenes. Empezaremos diciendo que se trata de una constante que se repite con grandes personajes de la historia, incluidos numerosos descubridores y conquistadores, como Cristóbal Colón, Hernando de Soto, Francisco Pizarro o Diego de Almagro. Unos trataban de ocultar un pasado semita, y otros, su baja cuna, nada acorde con su nuevo estatus social. En el caso concreto del metelinense, el silencio es más llamativo porque, como ya hemos afirmado, nos dejó cientos de folios redactados de su puño y letra, entre ellos sus famosísimas *Cartas de relación*. Sin embargo, apenas se refirió a su vida antes de la conquista. ¿Por qué lo omitió? Lo desconocemos, pero es posible que su fulgurante ascensión social tras la conquista, así como su deseo de enlazar con lo más granado de la nobleza hispana, le obligasen a dejar de lado sus orígenes familiares que, sin ser plebeyos, no estaban a la altura de sus nuevas circunstancias. En cambio, se

encargó personalmente de construir su mito a través de sus propias *Cartas de relación*, contando además con la colaboración de humanistas muy cercanos a él, como el clérigo de la diócesis de Osma, Francisco López de Gómara, o Francisco Cervantes de Salazar, que no ocultaban su fascinación y que le permitieron difundir una visión muy favorable de su persona y de los hechos que protagonizó. El citado religioso se fundamentó en lo que el propio conquistador le narró y en los documentos que este le proporcionó, así como en las entrevistas que pudo realizar a personajes de su entorno.^[22] Sin embargo, todos los vacíos los completó siempre en un sentido favorable al personaje, intentando acercarlo a los héroes de las novelas de caballería. Y ello a pesar de la asimetría que existía en relación con los caballeros andantes, pues mientras el metelinense desplegó toda la crueldad que creyó necesaria para conseguir sus fines, los segundos estaban siempre prestos a defender a los más débiles. La obra de Gómara jugó un papel muy destacado en la consolidación del mito, pues fue reeditada numerosas veces y traducida a varios idiomas, como el inglés, el francés o el italiano.^[23] El resto de las referencias las aportan otros cronistas, como el padre Las Casas, nada afecto al metelinense, quien contradice algunas de las afirmaciones de Gómara, o Bernal Díaz del Castillo, miembro de la hueste cortesiana.

Ha dicho recientemente el profesor Enrique Krauze que, pese a la extensísima historiografía cortesiana, seguimos a la espera de una biografía definitiva.^[24] Y efectivamente, creo que hacía falta publicar una nueva biografía que reuniera dos requisitos: primero, que fuese exhaustiva y recogiese los grandes avances historiográficos de las últimas décadas. Y segundo, que abordara su figura desde el siglo XXI para que respondiese a las preguntas de una persona de nuestro tiempo. No hay que olvidar que todo historiador se plantea cuestiones sobre el pasado a partir de su presente, cumpliendo de paso con la función social

de la historia.^[25] Además, hay estructuras de larga duración que atraviesan los tiempos, pese a las transformaciones, y que llegan hasta la actualidad.^[26] Obviamente este libro no aspira a ser su biografía definitiva, entre otras cosas porque todo libro de historia es fruto de su época. Desde la perspectiva actual no podemos saber cómo se verá al personaje en el siglo que viene o dentro de un milenio. Y es que, como diría Lucien Febvre, cada época elabora su universo mental según la información de la que dispone y de las inquietudes de las personas de su tiempo.^[27] Como ya dijo Antonio de Solís en el siglo XVII, «la verdad es el alma de la historia»; el problema es que hay muchas posibles verdades según la forma en que nos aproximemos a ese pasado.^[28] Mi única aspiración es hacer comprensible para un lector del siglo XXI la mentalidad y el ansia vital de un guerrero que vivió hace ahora cinco siglos. Una persona físicamente efímera pero cuyo embrujo ha conseguido traspasar el tiempo y permanecer.

Mi idea ha sido trazar una biografía basada en las fuentes históricas y en datos contrastados para desmontar tópicos, estereotipos e inexactitudes que se han perpetuado a lo largo de varios siglos. Eso requiere una actitud activa ante las crónicas y documentos para enfrentar el mito y sus múltiples contradicciones. Asimismo, huelga decir que los historiadores no debemos escribir para satisfacer a unos u a otros, ni para juzgar hechos del pasado, ni para reclamar perdones por errores cometidos hace medio milenio. La función del historiador es la de explicar la historia según datos desapasionados y tratar de extraer enseñanzas que nos permitan construir un presente y un futuro mejor.^[29]

Esta nueva biografía pretende suplir los vacíos aportando datos contrastados sobre las etapas más desconocidas de su biografía, es decir, su infancia y juventud hasta 1519 y su etapa final entre 1540 y 1547. Concretamente, sobre sus orígenes familiares nos remontaremos a su bis-

abuelo paterno, Nuño Cortés, pasando por su abuelo, por sus padres y por su vida en tierras del condado de Medellín. Reconstruiremos, con nuevos documentos, su infancia y su juventud, su paso por Salamanca –que no por la universidad– y por Valladolid, su embarque hacia La Española y su vida hasta su gran aventura conquistadora iniciada, como es bien sabido, en 1519. Hemos localizado algunos documentos nuevos, aunque menos de los que hubiésemos deseado. Y ello debido a la desaparición de la documentación en su Medellín natal, primero en la guerra de la Independencia (1808-1812) y, luego, en la guerra civil española (1936-1939). En su patria chica no se conserva prácticamente ningún manuscrito de los siglos xv y xvi. Sí los hay, en cambio, en algunos pueblos del condado, como Don Benito o Guareña, con los que también mantuvo vínculos su familia.^[30]

No quisiera finalizar esta introducción sin dejar claro que a lo largo de este libro uso la nomenclatura clásica castellanizada y no los nombres originales nahuatl para facilitar su comprensión: Moctezuma y no *Motecuhzoma Xocoyotzin*, doña Marina y no *Malinalli*, Tlaxcala y no *Tlaxcallan*, Cholula y no *Cholollan*, escaupil y no *ichcahuipilli*, etc. Eso sí, hemos omitido las tildes de los nombres y de los apellidos nahuatl, considerando que ellos no las usaban. Asimismo, mantenemos el nombre de Hernán Cortés, que es como todo el mundo lo conoce desde el último cuarto del siglo xvii, a sabiendas de que él siempre se llamó a sí mismo Hernando y así fue conocido por todos sus contemporáneos. Firmaba siempre como Hernando Cortés y, después de recibir el marquesado, como el marqués del Valle. La abreviación a Hernán o a Fernán la popularizó Antonio de Solís, quien publicó su *Historia de la conquista de México* en 1684, teniendo muchas reediciones posteriores. Igualmente nos referimos a la conquista y a los conquistadores y no a invasión e invasores, que son términos anacrónicos que, en cambio, suele usar la nueva corriente